

Brasil

Ana Beatriz Magno / Erica Montenegro

2003.CSC.1.751

Los Huérfanos de Brasil

Pamela, 9 años

“Estamos en el asilo porque nuestro padre abusaba de nosotros. Nos toqueteaba todo. Andábamos solamente con bombacha. Yo tenía siete años, mi hermana ocho y la otra seis. Él abusaba y nos pegaba. A mamá también. Un día agarró un palo de hierro y le rompió los dos brazos a mi mamá. Yo no creo que él esté en la cárcel. La primera vez que vinimos al asilo, lo metieron preso. Nosotras volvimos a casa, pero también él volvió. Empezó todo de nuevo. Fue así: mi mamá hacía eso con él, pero quedaba embarazada, y él le pedía que lo hiciera de nuevo. Ella no quiso. Y entonces él nos pidió que lo hiciéramos con él, y lo hizo, lo hizo con nosotras tres, y entonces llamó a la chiquita, de 4 años”.

Leonardo, 16 años

“Vine al orfanato porque mi padre no quiere ya saber de mí. Yo hice muchas macanas mucho, él no quiere ya saber de mí. Yo ya me drogué. Tenía miedo de que mi padre me pegara. Me golpeaba, me daba duro. Ya le rompió el cuerpo a mi madre. Me pegaba con cuero, cuerda, con palo. Era mi padre adoptivo. Me anotó. Mis padres de verdad no sé si existen. Mi madre adoptiva me dijo que nunca me quiso. En mi cara, ella dice que nunca me quiso. El padre adoptivo me abandonó hace poco. Pensaba que yo iba a ser alguien en la vida, doctor, esas cosas. No fui lo que él quería. Él no me dio mucho cariño. Mi madre me dio besos. En la mejilla, cuando iba a dormir. Mi padre nunca me dio un beso.

Monica, 14 años

“Estoy aquí porque mi madre no me quiere. No sé quién es mi padre, su nombre ni está en mi documento. Ni mi abuela sabe su nombre. Yo quería una familia nueva. Sé que si me quedo aquí hasta los 18 años ya no me compongo. No voy a tener mi futuro construido.

Tengo esperanza de ser adoptada. La mayoría de los padres quiere adoptar a niños pequeños, de cinco para abajo. Niñito así, un bebé. Crecen y van a pensar que son hijos de ellos. Aquí en el orfanato es malo porque a veces me quedo en un rincón y me quedo pensando en mi vida, y me dan ganas de irme. Los días más alegres aquí son los días de cumpleaños, uno ataca con huevos a los chicos. Los días tristes son casi todos los demás.”

Wagner, 7 años

“Mi madre me dejó aquí. De noche pienso en ella, quiero que ella me lleve a casa. Quiero estar cerquita de mi madre. Antes de estar acá siempre jugábamos. Desde que vine ya no pude jugar. Nunca más la abracé. No quiero ya vivir en el refugio porque estos chicos me pegan. Estos chicos mayores aquí en este cuarto me pegan si no les presto mi pelota. Me pegan trompadas, me patean, me insultan con un montón de palabrotas. Mi madre vive en el Pedregal. Ella me trataba bien. Ella me pegaba menos. Mi padre no vive con mi madre. Se fue de casa para tomar. No me voy porque mi madre no me viene a buscar.”

Son 200.000 brasileños. La mayoría tiene más de cuatro años. Todos tienen menos de 19. Ninguno vive en una casa. Ninguno vive en la calle. Están escondidos en orfanatos desparramados por todo el país. Nadie los conoce porque no molestan. No se rebelan ni suplican por limosnas. Son personajes invisibles de una historia jamás contada.

Los huérfanos brasileños son huérfanos de padres vivos. Hombres y mujeres que maltratan a los hijos porque también fueron maltratados. Por la miseria, por el desempleo y por la enfermedad. Abandonan a sus niños con la promesa de volver, pero nunca regresan. Cerca del 40% de las familias, jamás apareció por la institución.

En las siguientes siete páginas, el lector conocerá a estos niños y niñas. Sentirá asco, rabia y vergüenza. Conocerá la agonía de niños y adolescentes solitarios que lloran escondidos con añoranza de quien los dejó. La madre que les pegó, el padre que violó, la familia que abandonó.

El equipo de Correo acompañó a la Caravana de la Comisión de Derechos Humanos de la Cámara de Diputados por los asilos de ocho estados y del Distrito Federal. Dos periodistas

y dos fotógrafos visitaron 36 instituciones durante 25 días. Gastaron cien rollos y grabaron 24 cintas con las declaraciones de 88 niños y niñas de distintas edades.

Quienes conducen el guión de este reportaje son ellos: los huérfanos de Brasil. Cuentan los dolores del cuerpo y del alma. Hablan de las palizas del pasado y de las dudas del futuro. Los relatos se reproducen tal como fueron contados. Hay errores en el portugués, lapsos de memoria y fragmentos que parecen sin lógica. No son fallas, son síntomas. La dificultad del lenguaje es la secuela más perceptible entre las muchas con que cargan.

Los orfanatos son peores que las prisiones. Quien está en una celda cometió un crimen. Cada día que pasa es un día menos de pena. El niño en el asilo es una víctima. Cada milímetro que crece, cada noche que atraviesa, las oportunidades de volver a encontrar una familia de verdad disminuyen.

La matemática de la adopción también compromete un crecimiento saludable. Menos del 10% de los brasileños inscriptos para adoptar aceptan llevarse a casa a un niño mayor de cinco años. Sin embargo, más de la mitad de los refugiados ya pasó de los siete años cuando llega a los asilos.

Son niños especiales, dueños de una carencia inmensa. En cada asilo recorrido, los muchachos se colgaban de la cámara de fotos, las chicas no largaban el grabador, como si necesitaran con urgencia montar un álbum de familia que jamás tuvieron.

La ley reza que el asilo es un lugar provisorio hasta que la familia se recupere. O hasta que la patria potestad sea retirada, y el niño entregado en adopción. Es un proceso moroso que termina con adolescentes de nadie.

El Estatuto del Niño determina que los asilos tengan cara, tamaño y aspecto de casa, pero Brasil todavía no logra cumplir con la legislación promulgada hace más de una década. En menos de un mes de viaje, se recorrieron tres siglos de modelos de asistencia a los hijos de nadie.

Los más antiguos son orfanatos de los tiempos coloniales, con monjas, catres y disciplina. Persisten instituciones herederas de la vieja FUNABEM, la Fundación Nacional del Bienestar del Menor, creada por el régimen militar y que pronto se convirtió en *nursery* de la criminalidad. Las más modernas son las que no parecen asilos. Las que no tienen alojamiento ni refectorio. Tienen cuartos, sala y afecto, pero rozan la realidad. Son hogares de mentira.

A continuación, los huérfanos de Brasil se desahogan contando su historia en tres tiempos. Hablan del pasado de violencia, del presente de abandono y del futuro de incertidumbre.

PASADO DE VIOLENCIA

“Mi madre le vendió mi cuerpo a un gringo por mucho dinero. Ahí me escapé de casa porque mi madre me maltrataba, me quemaba con cigarrillos. El nombre del gringo es Fred. Es un viejo. Me tomó por la fuerza, me ató las manos y me toqueteó. El gringo me manoseó. Yo tenía 10 años. Él me tomó. Yo era su mujer. Fue allá en Prazeres, es un barrio [en Recife]. Él es holandés. Me pegaba, en la espalda, hasta hoy tengo unos problemas en el corazón. Mi madre me quemaba con cigarrillo cuando tomaba. Y lo hacía hasta cuando estaba bien. Decía que me despreciaba desde que yo era pequeña. No sé por qué me despreciaba. No la quiero a mi madre ni un poquito. A mi padre sí lo quiero. Está en el interior. Ya lo vi varias veces. Vivió con mi madre, pero no se casaron. Tengo cuatro hermanos. No están aquí, no. Solamente yo vine al orfanato. Sólo yo me escapé de casa. Me escapé cuando mi madre dijo que si yo me iba de la casa del gringo ella iba a romperme las dos piernas. No quería quedarme con mi madre, no. Ella me obligaba a ir todos los días a la casa del gringo. Él abusó de mí. Tuve sexo con él y me dolió. Grité. Me tapó la boca para que no gritara. Así los vecinos no oían nada. Era en casa de él. Me tomó por la fuerza, no aguanté porque no aguanto con hombre. Me hacía eso sin parar. No sé qué hacía mi madre con el dinero. Yo le dije: “madre, no quiero quedarme aquí no, no aguanto más estos días aquí, no quiero quedarme aquí, madre. O usted me deja salir de aquí o yo la denuncio a la policía y va a ser peor para usted”. Un día el gringo me dijo que fuera a dormir a su casa.

Dormí, agarré después el dinero para el pasaje y me escapé. No volví a casa. Mi madre nunca vino a visitarme. El día que ella venga a visitarme yo me encierro en mi cuarto. No quiero verla. Así como ella me desprecia, yo la desprecio todavía más. Por todo el resto de mi vida”.

Vanessa, 13 años. Casa del Niño, Recife

La violencia es el prefacio. Todo niño, grande o pequeño, llega al orfanato con una historia violenta para contar. De violación, de palizas, de muerte, de abandono. Cuatro tragedias que empujan a niños y niñas a asilos por todo el país.

Ellos corren hacia el grabador. Falta privacidad para la charla. Los orfanatos son distintos de las casas. No hay rincones ni refugio. Los cuartos son colectivos y quedan cerrados durante el día. También los armarios.

Todo es de todo el mundo. Remeras, bombachas, calzoncillos y juguetes. Sólo el pasado es particular y para hablar de él los niños se ponen en fila. Se impresionan al oír su propia voz. A veces llena de odio, otras resignada.

Hay nenas que musitan, que se chupan el dedo, que no levantan la voz ni la cabeza. Son personajes de un único drama: la violencia sexual, la más grave de las barbaridades acogidas por los orfanatos brasileños.

Vanessa está en Recife. Aparecida en Porto Alegre. Dália en São Paulo. Manuela en Salvador. No se conocen, pero pasaron por el mismo sufrimiento. Fueron agarradas, acariciadas, golpeadas y violadas dentro de casa. Quienes deberían protegerlas les robaron la inocencia.

Las cuatro nenas que narran sus vidas aquí en estas dos páginas eran menores de 12 años cuando se vieron sometidas a la perversión de un adulto. Todas fueron violadas más de una vez. Ninguna tenía pecho ni vello. Ni siquiera habían menstruado. No son una excepción.

Un estudio de la Fundación Oswaldo Cruz, de Rio de Janeiro, muestra que el 70 % de las niñas abusadas pasan por la violencia antes de los nueve años de edad. De ellas, el 73% son sometidas por el padre, el padrastro o el hermano. Es un crimen sin clase – moral y social. Castiga a pobres y ricos. La diferencia es que el hijo del rico no termina en un asilo.

En las 35 instituciones visitadas, Michele y Raquel fueron las únicas niñas de clase media encontradas. Michele era un bebé de ocho meses cuando llegó al Hogar Buen Camino, en Curitiba, con el ano perforado por las atrocidades cometidas por el padre, un periodista. Él sigue suelto. Tampoco está tras las rejas el abogado carioca que obligaba a su hija Raquel, hoy de 14 años, a practicarle sexo oral.

Lo más alarmante es que sentir placer con la propia hija, hijastra o hermana no es una enfermedad rara en Brasil. El Ministerio de Justicia recibe por año más de 50.000 denuncias de abuso sexual contra niños. Los especialistas calculan que el número corresponde a tan sólo el 10% de la realidad. El otro 90% persiste como un secreto entre cuatro paredes. No llega a los oídos de las autoridades.

La pernambucana Vanessa amenazó con delatar a la madre a la policía, pero no tuvo valor. Huyó. Vive en el asilo estadual para adolescentes de Recife. Se llama Casa del Niño y funciona en una antigua cárcel para menores infractores. Allí, recostada contra el muro del patio sin bancos, la nena, de rostro pecoso y cabello enrulado, destila su rencor.

“No perdono a mi madre”, sentencia la muchacha delgadita que vio brotar el odio antes que sus senos. Es nueva en el asilo. Llegó hace dos meses y todavía no hizo amigos ni recibe atención psicológica. Hay dos psicólogas para los cien niños y niñas de la institución. Sólo hacen terapia de grupo. “Sólo que tengo vergüenza de hablar delante de los otros”.

La cortedad de Vanessa tiene su razón de ser. Si las heridas provocadas por el abuso sexual son profundas y delicadas en adultos, qué podrá decir una niña que se ve violada con la connivencia de la propia madre con el abusador. Vanessa teme salir a la calle y

encontrárselos. Los dos están libres. En Brasil es así: la criatura es castigada dos veces. Pierde la virginidad y la casa.

Aparecida perdió también las ganas de vivir. Tiene 17 años y ya trató de matarse tres veces. Vive en el Asilo Juvenil Femenino, en Porto Alegre, en un viejo orfanato en fase de transición hacia lo que los asistentes sociales llaman casa hogar: un asilo más pequeño, para pocas niñas y que en teoría debería tener el aspecto de una casa. Aparecida sobrevive desde hace siete años dentro del modelo antiguo. Con un tono infantil, conversa en un escalón de la escalera. Las habitaciones están cerradas.

La violencia le robó las esperanzas a Aparecida. Está segura de que jamás la amarán. “¿Quién me va a querer? Ni mi padre me quiso. ¿Quién va a querer a una chica como yo? Soy muy difícil”, se desprecia. Lo que ella considera difícil no tiene nombre. Aparecida carga con un baúl de horrores.

A los diez años fue violada y golpeada por el padre y el cuñado al mismo tiempo. Vio cómo el crimen se repetía con su hermana deficiente, una parapléjica que además sufría de leucemia. Logró escapar con la hermana, la hermanita, como dice hasta ahora. La más frágil no resistió y murió. Aparecida se desesperó, pero no denunció a los familiares. Regresó a su casa y la arrastraron otra vez a la cama.

La salvó un médico que la atendió en un hospital de la red pública con la vagina lacerada. De allí, con 11 años, Aparecida partió al asilo. El abuso deterioró su salud. Se convirtió en una deficiente mental, sufre del síndrome de stress post traumático. Es una enfermedad típica de quien pasó por agresiones excesivas. El resultado es una completa desilusión ante la vida. Aparecida sabe que no será adoptada, que el tiempo y la violación le robaron todas las chances.

Éste es uno de los problemas más graves de las niñas violentadas. Llegan a los asilos con una edad promedio superior a los siete años. No son bebés rosaditos y con una historia en blanco, lista para ser escrita. Pertenecen al grupo que los sectores de adopción de los

Juzgados de Infancia suelen llamar “fuera de franja”. O sea: son demasiado viejas, demasiado problemáticas. Nadie las quiere llevar a su casa. El rechazo se multiplica.

“Nunca vi que una pareja adoptara a una muchacha violentada. El prejuicio todavía pesa mucho”, dice Alice Duarte Bittencourt, coordinadora de la Organización No Gubernamental Amigos de Lucas, de Porto Alegre, dedicada a estimular la adopción de quien más sufre en los asilos: los niños más grandes y los enfermos. “La responsabilidad no es sólo de las parejas. Las asistentes sociales ni siquiera dicen que existen estas niñas disponibles para adoptar”, dice Alice.

Aparecida se quedó sin familia adoptiva, sin familia biológica y sin perspectivas. Nunca recibió visita de ningún pariente. Y, como jamás consiguió contar su vida con detalles a una psicóloga - “Siempre que me acostumbraba a una, la cambiaban”, dice -, encontró sola la solución a su destino. Sólo piensa en la MUERTE.

“Yo vine porque mi madre murió. Mi padre también murió. Mi padre murió de cáncer y mi madre de un derrame. Creo que el derrame viene de comer mucha manteca, mucho aceite. Murió mi abuela, mi tía, mi abuelo, mi hermana, mi tía, mi padre y mi madre. Murió siete. Mi madre se estaba muriendo en casa. Un hombre la colocó en una silla, tomó una sábana, la ató y la metió en una ambulancia. Ella siguió atada, porque si no se caía y se fracturaba todo. Es que ella estaba balanceándose de aquí para allí. Terrible. Ahí él se la llevó atada. Me quedé llorando. Cuando la persona muere va al entierro. Hay que comprar un cajón, conseguir flores y ponerlas. Ahí ponen a la persona que murió en el cajón y se tira un poco de arena encima. Después que la persona es enterrada va para debajo de la tierra. El alma va al cielo. El alma es lo que está dentro de nosotros.”

Manuela, nueve años

“Yo tomo remedios porque soy nerviosa y trato de matarme cada vez que me acuerdo del abuso. Mi padre y mi cuñado me abusaron. Fue cuando tenía 10 años. Me tomaron por la fuerza. Me violaron. Los dos juntos. No estaban borrachos. Mi padre me agarró de los

cabellos, me pegó mucho, empecé a gritar. Mi cuñado me agarró, y ahí me violó. Sentí mucho dolor. Hicieron esto también con mi hermana deficiente. Ella no caminaba, no hablaba. Me llevaron al cuarto, mi hermanita lo vio y empezó a gritar, ahí mi padre se acercó a ella, la agarró de los cabellos, la sacó de la silla de ruedas y yo empecé a decir “háganlo conmigo, dejen a mi hermanita tranquila”. Ellos no me oían. Me escapé con mi hermana. Me quedé un mes con ella en la calle. Ahí ella empezó a sentir hambre, yo también empecé a sentir hambre, ahí decidí buscar comida en las casas de los otros. Cuando volví, ella ya había muerto. Los ojos de mi hermana estaban dados vuelta. Murió de hambre en la silla de ruedas. Fue mi culpa. No debí haber huido de casa con ella. La dejé en un sótano. Los vecinos llamaron al juez. No le conté al juez sobre la violación, ahí él me mandó de vuelta a casa. Llegué a casa y mi padre me dio una zorra con el facón, y me cortó un dedo. A la noche me dijo “hija ven aquí”. Cuando dije “no voy”, él y mi cuñado le pusieron llave a la puerta. Yo gritaba y nadie me ayudaba. Ellos lo hicieron tres veces más. Me abofeteaban y me besaban en la boca. ¡Yo no tenía pechos! Tenía 10 añitos. Ya traté de matarme ahorcándome, tomando remedios. Siento rabia de mí, de todo, a veces. No sé si fue a causa del abuso, qué sé yo. A veces me acuerdo del modo en que ellos lo hacían y me da rabia, por eso lo único en que pienso es en morir. Tengo ganas de matar a mi padre y a mi cuñado. Trato de matarme porque no puedo matarlos a ellos. No voy a tener hijos, tengo miedo de que el padre de mis hijos abuse de ellos.”

Aparecida, 17 años. Asilo Juvenil Femenino, Porto Alegre

La muerte que pesa sobre la familia de Manuela y llevó a la niña bahiana al asilo José Peroba, en Salvador, es el motivo más raro para que una niña entre en un orfanato en Brasil. Un estudio de la psicóloga Lidia Weber, de la Universidad Federal de Paraná, muestra que sólo el 5,4% de las niñas y niños asilados son huérfanos de verdad. Perdieron el padre y la madre.

Morir es el menor de los dramas en la vida de Manuela. La niña, que mendigaba para comprar los remedios de la madre, fue golpeada y violentada a los seis años. El hombre era un novio de la madre. Hoy, a los nueve años, ella todavía juega con muñecas y sigue sin saber los términos groseros que se refieren a la barbaridad por la que pasó:

“Él se quedó toqueteándome otra vez, haciéndose el atrevido. Buscándome. Siguió quedándose conmigo. Tocando allí donde se hace pis. Se quedó toqueteándome. Poniendo su asunto en el mío ... Dolió, salió sangre. Ahí di un grito muy alto, bien alto, él me tapó la boca con una soga, grité “socorro” y él me dijo entonces que me callara o me violaba de nuevo. Ahí grité, grité. Él me empezó a manosear de nuevo. Y yo me derrumbé y decía: “mamá, mamá, él me está agarrando”.

El asilo que acoge a Manuela no merece ese nombre. No acoge. Sólo guarda niñas. Son 54 niñas y niñas con edades entre 3 y 13 años. Pasan los días sin paseos, sin juegos, sin placitas. La parte técnica es una vergüenza. El pasado de Manuela registrado en la institución se resume en dos líneas a birome, con errores de portugués, y ninguna información relevante sobre la vida de la niña. “Fue abusada”. Es todo.

Manuela necesita ayuda especializada, pero jamás frecuentó terapia. No hay psicólogos en el asilo. La asistente social va dos veces por semana. El coordinador Gilmário Ferreira se explica. Dice que está hace apenas un mes en el cargo. “El asilo era del gobierno y pasó a la Iglesia Católica a causa de sucesivas denuncias de palizas de los empleados en los niños”, dice.

La niña lo confirma. Dice que los “tíos viejos” la maltrataban. Que la obligaban a comer de pie. “La tía pegaba. Paf, paf, en la mano de los niños. Una no podía mirarla, si no nos pegaba más. A mí me pegaron sólo porque vi cómo a los otros niños les pegaban con una cuchara, con la mano o con un zapato”, cuenta.

Ahora Manuela cambió de verdugo. Pierde los juguetes, las ropas y el postre por una compañera más grande, la “valentona”. Se llama María, tiene 12 años y un armario lleno de pertenencias ajenas. “Ella roba todo y nos pega”, dice y muestra la última cicatriz ZURRA.

“Mi padre me pegaba con un palo y con la mano cuando estaba muy borracho. Bebía aguardiente, cerveza. Le pegaba a mi madre también. Mi madre ya se separó de él, pero

después él volvió y ella tuvo miedo. Yo me quedaba en la puerta de casa, ahí cuando mi padre llegaba y me miraba mal, yo ya sabía que tenía que entrar. Entraba y empezaba. Me tiraba del cabello, me gritaba, me puteaba. Mi padre ya abusó de mí. Empezó cuando yo tenía 8 años, y siguió hasta los 12. La primera vez yo estaba durmiendo. A veces, hacía eso con ropa, otras sin ropa. No me besaba, sólo me pasaba la mano por el cuerpo, por mi cola.

Dali, 16 años

Es norma: el abuso sexual nunca viene solo. Siempre se multiplica con golpes. Dali no sabe decir si sufrió más con el sexo precoz o con las zurras rutinarias. “Siempre que abusaba de mí, me golpeaba”, cuenta la morena, de cabellos enredados y rostro con barros. Desde hace cinco años, Dali intenta crecer en un cuarto del Hogar Niño Jesús, en São Paulo. Se escapó de casa a los 12. El hombre al que llama padre es en realidad su padrastro. “No conocí a mi padre”, dice.

El abuso sexual obedece a un ciclo perverso. Cuando no se trata, se perpetúa. Las niñas abusadas tienen la autoestima bajísima y alta probabilidad de relación en el futuro con abusadores.

Para romper con esta macabra profecía, los *gaúchos* crearon un asilo exclusivamente para niñas víctimas de la violencia sexual. Es la Casa de Paso. Parece un campo de refugiados donde 18 niñas y niños se esconden de sus familias violentas. Queda en el centro de Porto Alegre y quien pasa por la calle no se da cuenta de que la construcción de madera, con juegos en el jardín, refugia cuerpos marcados por la maldad. No hay placa ni cartel que identifique el lugar. Parece una casa común.

El disimulo arquitectónico es una de las estrategias para impedir que padres y padrastros violentos se acerquen e intenten reanudar lazos con las niñas. Allí, todas las salidas se hacen acompañadas. Visitas de la madre, sólo en el Juzgado de Infancia.

Las hermanas Pamela, 9 años, y Shaiane, 12 años, todavía no se acostumbraron a ver a la madre solamente en el juzgado. Lloran en el momento de partir. La madre está en su

segundo matrimonio. Se separó del primer marido porque abusaba de las hijas. Se casó por segunda vez con otro abusador. Repite el destino: la nena también fue violada por el padrastro.

Ahora, el padre y el padrastro de las niñas están presos. A diferencia de varias otras ciudades brasileñas, la capital *gaúcha* no exige comprobación para los abusadores.

La ausencia de una legislación más ágil en São Paulo impuso el abandono y el miedo a Dali. El padrastro sigue libre. La muchacha no vio más a la madre, una mujer pobre que obligaba a Dali, a los cinco años, a barrer la casa, lavar los pañales y hacer la papilla de los ocho hermanos menores. “Traté de contárselo a mi madre. Pero no me salían las palabras. Creía que ella no me iba a creer. Creo que mi madre nunca me creyó”.

Dali es una sobreviviente. Se esfuerza por mantener la lucidez. A veces, se encierra en sí y llora. Compensa la depresión cubriendo con ositos de peluche su catre. Cuando se acuerda del padrastro, abre el álbum lleno de héroes y amores imposibles. Tiene un cuaderno para astros nacionales y otro para internacionales:

“Cualquiera de éstos sería mejor que el mío. Padre que es padre no abusaría de su hija. Yo lloraba siempre, miraba a un rincón, él me preguntaba si estaba llorando, le decía que no, porque si no me pegaba más. Una vez dijo que era una atorranta, le dijo a mi madre que había puesto a una atorranta en el mundo. Yo dije que él no era mi padre”.

PRESENTE DE ABANDONO

“Mi apodo es Chitão porque yo tenía el cabello muy voluminoso, igual que Chitãozinho de Xororó. Por eso los chicos y una madre social me pusieron el nombre. La madre social es la que nos cuida, que hace lo normal, que limpia todo. De la diferencia con la madre verdadera y ésta para qué hablar. No se parecen. No se puede comparar. La madre verdadera es otra cosa. Significa la persona que nos crió desde pequeños, es otra cosa. Es distinta de ésta que se queda acá. Mi madre verdadera no me crió, pero me puso en el

mundo. No me podía criar y me metió en una institución. Estoy triste por eso. Todo el mundo con madre y yo sin. Mi madre vino aquí sólo una vez, cuando yo era pequeño. Me acuerdo de ella. Era así, de mi color [negro]. Alta, cabello voluminoso. A mi padre no lo conozco. Yo quería tener un padre y una madre. Para tener una familia, ¿cómo se dice? “Únida [dice, pronunciando mal]. Mi sueño es sólo éste: tener una familia. La familia es para eso, para jugar, aprender, para todo. La familia es como el refugio de uno. Una familia enseña todo, ayuda, da cariño y amor. Aquí hay eso, pero no hay una verdadera familia. No tengo hermano ni hermana. No lloro, si hubiera sabido antes que no tendría una familia, lloraba. Lo supe cuando crecí. Ahora, cómo voy a llorar, ¿no? No tengo ningún, ningún pariente. Vine acá realmente solo. El juzgado me mandó acá. Vine para acá sin meses, con cero meses. Vivir allá afuera debe ser mejor. Ya me acostumbré aquí adentro. No tiene ya gracia. Allá afuera debe ser otra cosa. Yo, con 12 años, si fuera allá afuera sería diferente. Voy a crecer con una familia, no voy a crecer aquí. Muchos chicos crecieron, y se hicieron adultos aquí. Yo no quería eso. Quiero crecer afuera. Si alguien adoptante viniera aquí y quisiera adoptar a un niño, que me tome. Adoptar es tomar a un niño. Eso es bueno. Por lo menos hay alguien cerca, una madre, sin esas madres de aquí que son madres de departamento.

Chitão, 12 años, Organización de Auxilio Fraternal, Salvador

“Estoy en la 1era serie todavía, estudio en la escuela Clase 16, en Taguatinga. No sé hace cuánto tiempo que vivo aquí. Vine acá porque mi madre adoptiva no me quiere. Ella es buena, más o menos buena. A veces yo salía a la calle para jugar y ella se enojaba. Yo vivía en la casa de ella, pero ella no me quiso, entonces fui al CRT (Centro de Recepción y Cobijo). Lo pedí para venir acá y estar cerca de Beatriz, mi amiga. Mi madre de barriga, Ociquéia, me dejó en el hospital y se fue corriendo. Salió corriendo. Ahí el médico llamó a mi abuela. Yo era una bebida. Mi abuela tampoco me quiso. Entonces llegué a la casa de mi madre adoptiva, Teresita. Pero Teresita no me quiso más, dijo que yo era muy molesta. Yo le contestaba y ella se enojaba. Yo hacía mucho lío. Ella decía: “Michele, ve a buscar eso”. Y yo no lo hacía. Ella me pegaba con la sandalia. Mi abuela me pegaba con un palo. Mi abuela me dejaba parada como castigo mirando a la pared todo el día. No me gusta vivir aquí porque las nenas me pegan. Hoy mismo, yo tenía un bebé de juguete y ellas me lo

sacaron. No sé hace cuánto tiempo vivo aquí. Beatriz llegó primero. Nunca recibí visitas. Sólo recibí visitas para sacar fotos, gente que viene y se lleva nuestra foto. Quiero ser adoptada para tener una casa nueva, una muñeca nueva. Quiero quedarme en casa tranquila con la tía que me adopte. Para que me deje jugar. Aquí no juego bien, no me gusta jugar aquí. Hay gente buena y gente pesada. Los días de visita me pongo triste, siento la falta de mi madre. Ella no sabe dónde estoy. Tengo dos madres: Teresita y Ociquéia. Ociquéia no me quiso y me dejó en el hospital. Mi abuela me sacó, no me quiso y me dejó en la casa de Teresita. Entonces Teresita me crió pero no me quiso más y me dejó en el CRT. Ella no sabe dónde yo estoy, no sabe ni dónde queda. Yo la quiero, pero ella no me quiere. A pesar de eso la quiero. Pero me gustaría tener otra madre y otro padre. Sería mucho mejor para mí.”

Michele, 9 años. Hogar Padre Cícero, Taguatinga

Estefania llegó con un año, seis kilos y fracturada por los pisotones de la madre. Vanderson entró con los pies cubiertos de heridas y un silencio devastador. Tiene dos años y nunca pronunció una sola palabra. Leo apareció ciego, con parálisis cerebral. Era un chico normal hasta que el padre lo lanzó contra la pared.

Cuando un niño cruza el portón del orfanato, lo que era un prefacio de violencia se convierte en una historia de abandono. La entrada es siempre traumática.

Los funcionarios intentan explicar que allí es la nueva casa, pero callan cuando Tomás rompe el silencio de diez minutos y dispara: “una casa tiene puerta de madera, aquí hay un portón de hierro.”

No sólo tiene portón de hierro. El Hogar de Niños Niño Jesús, en São Paulo, tiene interfone, alambre de púas y muros altos. Tomás tiene razón. El lugar es muy diferente de un hogar de verdad.

Primero, en ninguna casa hay tanta gente. Son 171 chicos y chicas de todas las edades. La arquitectura no guarda semejanza con los dibujos de casitas que los niños suelen hacer en la escuela.

El edificio parece una caja. Tiene tres pisos comunicados por rampas. Los chicos se pasan el día en simulacros de departamentos. Niñas separadas de niños. Grandes separados de pequeños.

Significa que Tomás quedará alejado, no dormirá ni jugará con su hermana o hermano. En Pernambuco es peor.

Muchos hermanos pernambucanos no siguen ni siquiera en la misma institución. Se los divide por franjas de edad. Se rompe así la última hilacha de familia. En el Distrito Federal también se desatan lazos y confiscan memorias.

Liliane, 13 años, llegó a la Casa del Niño Ana Maria Ribeiro, en Ceilândia con un puñado de fotos de su infancia. Los retratos son como pasaportes. Recuerdan a los niños que hicieron un viaje de un lugar a otro. De casa al asilo. Y que tal vez haya un camino de regreso.

Las fotografías de Liliane terminaron en un cajoncito de la sala de la asistente social. La niña perdió su pasaporte, se quedó sin contacto con el pasado. Se convirtió en una más de los 50 internados allí cobijados.

Como Liliane, en poco tiempo Tomás será también un hijo de la institución. Una institución de extraños, con hermanos extraños. Orfanato es un lugar de extraños.

“¿Cómo se llama la tía que nos cuida los martes?” pregunta Douglas, de siete años, que intenta consolar al novato Tomás. Van a vivir en el mismo alojamiento de catres de madera, en un cuarto sin cuadros, sin color, del Hogar Niño Jesús.

El espacio de los bebés tiene colores. Duermen en 18 idénticas cunas azules de hierro. Juegan con 23 triciclos. Todos del mismo color. Naranja. Comen en 18 sillitas blancas de concreto, suspendidas en el aire, y fijadas a la pared.

Quien tiene más de 4 años no merienda en la sala del departamento. Baja al refectorio. Pero ni allí los internos se encuentran. Están divididos por turnos.

17h 30 es la hora de la cena de los niños que tienen entre 4 y 6 años. Rezan y agradecen el plato de aluminio lleno de comida amarilla: carne seca, mitad grasa, mitad nervio, y papa aplastada con arroz y fideos sin salsa.

Tomás no quiso comer. La secretaria general de la institución, Jane Marques, explica que el comportamiento es normal. Que al principio el niño carga con una natural tozudez en los gestos. Después se acostumbra.

”Mi nombre es nadie”, repite el muchacho, con el rostro metido en la remera. Cuenta que lo mandaron al asilo porque la madre, cuando estaba borracha, zurraba y ataba a los hijos con el collar del perro.

Tomás trajo lo que pudo. La ropa del cuerpo y una bolsita de plástico con su juguete favorito: un rompecabezas de goma con siete piezas perdidas. “Alcanza para armarlo y quedarse imaginando los agujeros que faltan”.

Todo asilo, por bueno que sea, es un lugar de faltas. Falta cariño, falta identidad, falta familia. “Falta el calor, aquel calor de pariente. No sé bien, nunca tuve ningún pariente, ninguno”, resume Adjackson, Chitão, 12 años de vida, 12 años, en la Organización de la Acción Fraternal (OAF), en Salvador.

Bonito, negro y melancólico, Chitão sólo recibió la visita de la madre una única vez, hace ocho años. “De lo que siento falta realmente es de una MADRE.”

“Siento falta de mi casa, de mi madre. Mi madre me quería arrojar al río. Vine acá porque mi madre quería hacer eso conmigo. El río era profundo, pero yo no caí adentro, no. Sólo se cayó el reloj de mi madre. Yo quiero a mi madre. Me gusta más mi casa que esto de aquí. Es difícil decir qué hay aquí que no haya allá en casa. Allá en casa no hay hamacas. Está mi madre a la que quiero mucho.”

Angélica, 8 años

La nena, de cabellos largos, linda, protege a la madre. Esconde la peor parte de la historia. Que su hermano menor no tuvo la misma suerte. Que terminó ahogado en las aguas del río Capiberibe, en Recife.

Casi siempre es así. Los chicos defienden a la madre. Sienten falta de ella y de la casa. Por mala que sea la madre, por mala que sea la casa. La madre que abandona al hijo ya fue a su vez abandonada. Por los padres, por el marido, por la economía. Es pobre, está sola y sin empleo.

Un estudio de la Universidad Estadual de Campinas (Unicamp) retrata un poco a esa mujer que abdica de la maternidad y deja a los hijos al cuidado de los asilos. Casi el 75% de ellas alega dificultades económicas. Más de la mitad tienen entre 20 y 29 años, el 41% son solteras y el 57% sólo estudió hasta la 4ª serie.

“En el orfanato no hay ofensa mayor que insultar a la madre. Es raro: aquí nadie tiene madre y todo el mundo insulta a la madre del otro cuando quiere agredir profundamente”, cuenta Carlos Alberto, 18 años y desde los cinco en el mismo asilo del bahiano Chitão.

La pernambucana Angélica se pelea hasta tirando de los cabellos si alguien habla mal de la mujer que la trajo al mundo. Drogada, vivía en la calle con sus seis hijos. Todos, a excepción del que murió, viven hoy en asilos de Recife.

Angélica está en Casa de Carolina. La institución, del gobierno estadual, hace las delicias de los asistentes sociales. Ampara a 87 niños de hasta ocho años. Parece algo del primer

mundo. Los cuartos tiene aire acondicionado. Las comidas son apetitosas y están reforzadas con Sustagen.

Hay clases de ballet y de inglés. Hace menos de un año, hubo una reforma. Las paredes son coloridas, los catres tienen escaleras de acero pulido y las cunas recibieron pátinas de color crema.

La gordita Vanessa, de tres años, se confunde cuando le preguntan por el paradero de su madre. Señala a la educadora. Otra chiquita se apresura. “La mía está en casa”. A un chico inquieto no le gusta su respuesta, y levanta la mano para pegarle a su compañerita. Vanessa se da cuenta y agujonea: “Es que la mamá de éste se fue”.

La expresión “*ir embora*” [irse] es uno de los fantasmas de todos los asilos. Los niños detestan hablar del asunto. Odian cuando la madre se despide tras una visita.

”La madre viene con una bolsita de pochoclo, se queda media hora y vuelve dentro de seis meses”, se desahoga Zenilda Pereira, Zena, dedicada celadora de la Casa de Carolina. Trabaja por amor y por R\$ 196 mensuales. “La madre se va, la criatura se queda llorando en mi regazo y preguntando cuál será el día de la próxima VISITA.”

“Mi madre va a venir a visitarme el día 22. No sé de qué mes. No la veo desde hace dos años. Me acuerdo del día en que se fue. Fue el día 18 de abril de 2000. Se fue a São Paulo. Se fue porque mi padre nos pegaba y a ella también. Yo la perdono. El día que se fue, mi hermana y yo nos peleamos con ella. La insultamos porque le pedimos que nos llevara con ella y no quiso. Va a venir a visitarnos el día 22. Creo que de este mes.”

Monize, 11 años.

La paranense Monize sueña con el día en que abrazará a su madre. Sabe que ella está viviendo en una favela de Rio de Janeiro y está segura de que dejó la droga. “Ella fumaba marihuana y crack. Pero ya está bien.”

Visita de madre es día de nerviosismo. Los niños están ansiosos. Muchos sufren con una espera interminable. Más del 85% de los niños y niñas alojados no reciben visitas regulares de los padres. El otro 41% jamás se reencontró con un pariente, según datos de la Investigación de la Universidad Federal de Paraná. Es el mejor estudio reciente en la bibliografía brasileña sobre niños y niñas de asilo.

Diogo, de 15 años, sueña con el encuentro con sus padres. “Aquí recibimos visita los domingos. Los que me visitan con personas de Goiânia, del estado de Tocantins. No vienen parientes míos, los extraño, querría que vinieran a visitarme”, cuenta él, alojado en Villa São Bento del Cotelengo, en Trindade (GO).

Diogo no sabe el nombre, ni la dirección, ni conoce los rasgos de su madre. Ella lo abandonó en el Hospital de Base (HBDF) cuando era un bebito de un año.

La Villa São Bento – hospital, asilo y escuela – será el domicilio eterno del niño. El lugar fue creado hace 50 años para recibir rechazados. “Los parientes traían a sus enfermos para pedir milagros y terminaban dejándolos aquí”, cuenta la directora, hermana Marilsa das Graças de Jesus. En medio siglo la cosa no cambió mucho. El 74 % de los familiares de los 338 internos desaparecieron.

A veces, soñar con el encuentro, como hace Monize, es mejor que el encuentro mismo. Ser testigo de las visitas maternas es angustiante. Doña Carmosa, borracha, embarazada de su undécimo hijo, aparece de sorpresa en el Hogar del Bebé, también en Recife, para ver a Cleber.

El niño de dos años ve a la madre, empieza a llorar y se esconde debajo de la cuna. La mujer no se amilana. “Este niño es tremendo”, lo acusa. Se sienta 15 minutos, se levanta y dice que debe irse.

Para evitar traumas como éstos, muchos asilos definen calendarios de visitas. En la Casa del Niño Betinho, para discapacitados físicos en São Paulo, los padres sólo pueden ver a los hijos durante media hora. El segundo sábado de cada mes.

“El tiro puede salir por la culata. Fijar un horario puede aumentar la ansiedad de la criatura y multiplicar la frustración”, alega Antônio Vasconcelos, director de la Casa de Paso, en São Luís.

Según el Estatuto del Niño y del Adolescente, los refugios son pasajeros. El niño no debe quedarse allí mucho tiempo. O lo adoptan o vuelve a CASA.

“Mi madre nos entregó al juez. Vinimos al orfanato, después ella nos sacó de nuevo y nos siguió rechazando. Nos sacó de aquí, pero nos dejó muriéndonos de hambre en casa. Se fue y no volvió. Nos dejó abandonados y se fue. Nos quedamos cinco días solos. Los más chiquitos comieron harina seca con azúcar. Yo no comí. Ahora ella nos quiere sacar de nuevo, pero yo no quiero ir a casa, no. Ahora prefiero ser una nena de orfanato.”

Fabiana, 15 años

Fabiana es la primogénita. Delgadita, tiene tres uñas enormes pintadas con esmalte rosado, ya un poco saltado. Sólo acepta hablar de su historia lejos de la directora del asilo Casa del Niño, en Recife.

En voz baja se lamenta del destino de su familia. Son ocho hermanos. Todos menuditos, con el cabello crespo y lanudo, con ojos tristes. Están en el asilo hace dos años. Se fueron felices con la madre y volvieron hambrientos. Cuando no hay un trabajo de recuperación de la familia, el retorno a casa puede ser más dramático que permanecer en el orfanato.

En el Hogar del Niño Niño Jesús, un bebé que no ríe, no juega ni habla, llama la atención. Es Pâmela, de tres años. Llegó por primera vez a los ocho meses. Ella y su hermana melliza, Paloma. Pesaban menos de cinco kilos, estaban desnutridas, llenas de heridas.

Con seis meses de comida y cuidados, las mellizas engordaron y se curaron, hasta que una noche robó todo el esfuerzo de recuperación. Las nenas volvieron a casa. La madre ya había tenido otro hijo, Jamerson, pero seguía alcohólica y violenta. Ella y el marido. En una de las borracheras, se la agarraron con Paloma, y la lanzaron contra la pared. El cuerpiño del bebé no resistió al golpe. Murió. Quedaron Pámela y Jamerson. Volvieron al asilo. Los dos que nunca ríen.

Hay casos en que la institución multiplica el abandono. Amanda tampoco es de sonreír. “Mi madre me pega con el cinturón que ni a un caballo”, dice. Y amenaza a una compañera con lo que aprendió: “voy a pegarte igual que a un caballo”.

Amanda está en el Hogar de São José, en São Luís do Maranhão. Los cuartos son inmundos, los baños están tapados, no hay puertas, los corredores son oscuros y la directora no logra explicar el estado de la institución que administra.

Como las nenas paulistas, Amanda también volvió a casa. La madre insistió con el abandono. La hija regresó al asilo, más flaca y lastimada. Las asquerosas condiciones sanitarias del asilo agravaron la salud de Amanda. Tiene seis años y la vagina cubierta de heridas inflamadas.

No usa bombacha y se esconde debajo de la colcha con vergüenza. Comparte la cama con otra nena. No hay camas para todas en los cuartos repartidos para seis nenas. No juegan.

Las muñecas están guardadas en cajas cerradas, intactas, colgadas de la pared. Ana Carolina, chiquita, tres años, con el brazo levantado, protesta: “así no se puede JUGAR”.

“Aquí hay unos juguetes que son de cada uno y otros que son de todos. El juguete que más me gusta es la Barbie. Se llama Barbie Priscila Vanessa. Yo juego a que ella tiene hija, marido, hermana, mucama y casa. La casa tiene sábanas, mesa, comida, armario. Barbie cuida de la hija. La toma, le da leche, la alza, la hace dormir, la acuna así, y después que se duerme la pone en la cuna. Yo quiero tener dos hijos. No quiero tener más porque los hijos molestan”.

Rebeca, 9 años

El juego preferido de Rebeca en el Centro de Atención al Niño, en Recife, es lo contrario de su vida. En casa, en el asilo nunca tuvo a nadie que la acunase. Tampoco durmió en una cuna.

“Mi madre no me alzaba mucho. Creo que no tenía tiempo”, dice la nena a la que le encanta la gimnasia olímpica. Aprendió sola. También sola se inventó su juego de la casita. Toma una hoja y la transforma en la sábana de la Barbie paraguaya. Las sábanas del catre de Rebeca están llenas de agujeros.

En cualquier asilo, provisto o carenciado, la cantidad de juguetes es impresionante. La mayor parte están rotos. Los niños no les dan valor. Son regalos envueltos sin afecto, sin remitente.

Raramente quien manda el regalo va hasta el asilo y se lo entrega uno por uno a los niños. Hay muñecas sin brazos, sin piernas, sin cabezas. Parece que las nenas juegan a madre-hija. Hacen con las hijas de plástico lo que las madres de sangre hicieron con ellas. Son nenas con sentimientos de adulto. Con soledad y culpa.

“Vine porque era muy diabla”, se acusa Michele, nena tímida, que se chupa el dedo y anda por los rincones del Hogar Padre Cicero de Taguatinga (DF). Ya la rechazaron tres veces. La madre biológica, la abuela y la madre adoptiva.

PRESENTE DE ABANDONO

Yo detesto la mesa. Odio la mesa. Detesto la mesa. Me gusta mucho separar ropas y recibir regalos. No veo porque soy una nena, pero cuando yo crezca voy a ver muy bien. No conozco la diferencia entre ver y no ver. Veo pajaritos, muñecas, juguetitos, un grabador. Voy a la escuela, ya estoy en la primera serie, estaba en la CA [Clase de Alfabetización]. Sé leer, sé leer palabras, sé escribir mi nombre. Mi madre está en casa, mi padre también. Mi madre me puso aquí en el orfanato porque ya tengo edad para quedarme aquí, para aprender

un montón de cosas. Muchas cosas. No sé cómo son los colores, no. Los colores me parecen lindos y maravillosos. Al color lo tomamos. Sentimos. Se huele a perfume, se siente el olor de las personas. Cuando yo crezca mi vida va ser buena. Va a haber muchas cosas. Yo nací de la otra, de otra madre, Sara Jane. Ella me pegaba mucho, era muy mala, yo no la quería. Yo tenía tres añitos, ella me ataba a la mesa, me dejaba todo el día allí con un plato de comida en el suelo. Ella me dejaba y se iba. Cuando ella volvía, si el piso estaba sucio me pegaba. Ella me abandonó aquí porque no me quería, no. Entonces elegí a otra madre, Filomena. Es mi madre de verdad y del corazón. Cuando me insultan diciendo que soy ciega, yo le hablo a la hermana, le digo que me llamaron ciega y ella va y conversa con la persona, dice que eso es muy feo, que no hay que insultar a los otros. Sé que soy ciega porque me tropiezo con las cosas, pero veo cosas que nadie ve. Veo el ruido. Yo querría ver dónde están las personas y dónde no están. Dónde está la televisión, la fiesta, las personas que hacen tortas, que bailan, cantan, saltan. Creo que usted es buena, su cara es de buena. ¿Cuál es el color del ruido?

Tatiana, 9 años. Comunidad de la Sacra Familia, Rio de Janeiro

Ektithenai. Con este rito los griegos decidían el abandono de un hijo indeseado. Rechazaban a los deficientes y a los niños de paternidad dudosa. Largaban al recién nacido solo en un campo distante, salvaje. Deseaban la muerte de la criatura, pero no la mataban con las propias manos. Le delegaban el gesto a la naturaleza.

Muchos siglos pasaron hasta la creación de los orfanatos. Nacieron para mitigar el abandono. Socorrían a niños bastardos y enfermos que eran largados en las calles y callejones de la Europa Medieval consumida por pestes y guerras.

Ya en los tiempos de los descubrimientos, en el siglo XVI, los padres lusitanos encontraron una fórmula para socorrer al hijo del pecado y liberar al pecador. Inventaron las ruedas de los expósitos, financiadas por las Santas Casas de Misericordia.

La rueda era un mecanismo de madera, rotatorio, con dos compartimientos, uno para el bebé y el otro para sus pocas pertenencias. Estaba en la entrada de los conventos. La persona dejaba allí al niño, tocaba una campana, y hacía girar el artefacto. Del otro lado, sin contacto con el dador, los religiosos tomaban al bebé y se dedicaban a criarlo.

Los portugueses exportaron el modelo a la colonia. En 1738, el comerciante Romão de Mattos Duarte donó a la Santa Casa de Misericórdia de Rio de Janeiro 32 mil cruzados para la creación de la primera rueda de expósitos de Brasil. Nacía entonces la política social brasileña para la infancia abandonada.

El pueblo sumergido en la miseria imaginaba que la rueda salvaría a sus hijos. Hasta 1817, 45 mil niños entraron en la institución carioca, pero la tasa de mortalidad llegó al 90%. La iglesia desparramó ruedas por varios conventos del país. Hoy son piezas de museo.

“La última niña arrojada a nuestra rueda llegó en 1950. Está viva, vive en São Paulo”, cuenta la hermana Abigail, de 71 años, monja del Convento Sagrado Corazón de Jesús, creado en 1742, en la pequeña ciudad de Igarassu, en Pernambuco.

El orfanato de Igarassu duró 248 años en el más tradicional de los principios: disciplina, religión y olvido del pasado. “Teníamos que recuperar a los niños. La mayoría eran hijos de mujeres de la vida, abandonadas y enfermas”, recuerda la religiosa, de hábito blanco, manos arrugadas, y triste cuando habla del destino de la institución. Cerró en 2000 por motivos financieros.

El dinero y las novedades de la legislación, que ahora preconiza cobijo temporario, laico, con olor y aspecto de casa, complicaron también la rutina del más antiguo orfanato brasileño, el Establecimiento educativo Romão Duarte, en Rio. Lleva el nombre del primer benefactor. Anda cojo de finanzas, pero resiste en el mismo domicilio, en lo alto de un pequeño morro, en el barrio de Flamengo.

El Romão Duarte llegó a tener mil internos, hoy cobija apenas a 90 niños en una construcción clásica, con escalinatas de mármol, pasamanos de hierro fundido, capilla, escuela y museo. Combina asepsia con reglas rígidas.

Los niños están todo el día con uniforme. Se despiertan a las 6.30, se bañan, se cepillan los dientes, rezan, engullen el desayuno y a las 7.15 ya están en fila. Los sexos se mezclan hasta los seis años. Falta privacidad. Los baños no tienen trabas ni asientos los inodoros.

Hasta los cuatro años de edad, niños y niñas descansan después de comer. La modernidad llegó con las niñeras de uniforme y las divisiones de vidrio que impiden al visitante tocar a los niños.

“Es necesario controlar el acceso para evitar contagio de enfermedades a los niños”, alerta el gerente general, Luiz Felipe Alves, un ex funcionario de la Justicia Militar de Paraná. Él y el director son interventores. Fueron convocados de apuro por la Santa Casa para paliar los pecados administrativos de las monjas que dirigían la institución.

Está ahora bajo el mando del Juez Libório Siqueira, uno de los mayores defensores del Código de Menores, una legislación anterior al Estatuto del Niño y del Adolescente y que preconizaba el asilo como solución para el abandono, así como apostaba por la pedagogía de la DISCIPLINA.

“Aquí hay reglas. Me gustan las reglas. No quería ser adoptado porque me gusta esto. Mi padre vino aquí una vez porque todavía me quiere. No vino más porque no puede. Nosotros vivíamos en una casa pequeña, no podíamos vivir siete juntos. Crecer en un orfanato es bueno porque uno crece educado. Aquí uno consigue todo fácil. Allá afuera hay que batallar. Soy diferente de los chicos de allá afuera. Ellos no tienen el mismo respeto que nosotros. Ese respeto es bueno. Porque cuando vayamos allá afuera uno podrá conseguir las cosas más fácilmente, porque nosotros tenemos respeto. Ellos van a ver que uno respeta y van a querernos. Los hombres que dan empleo, quieren gente que respete. Quiero ser jugador de fútbol.”

Donizete, 14 años

El Hogar Santa Terezinha es la versión paulista del Romão Duarte. Es más rico y más prestigioso. En la sala de visitas, hay una fotografía del Presidente de la República, del Ministro de Salud y del Gobernador el estado. Donizete vive allí desde los cinco años. Está compenetrado con la institución. No critica, no reclama, no cuestiona la desaparición del padre ni las reglas de la madre superiora. Los 400 internos se ponen de pie cuando ella pasa.

Donizete, negro y alto, recibió la confirmación en diciembre, con ropa de tergal, crucifijo en el cuello y dos padrinos blancos que conoció en el momento. La ceremonia preparada con detalle por las religiosas italianas era tan impecable como las tres decenas de camas de los dormitorios de las niñas entre 7 y 12 años: todas cubiertas de verdad, con muñequitas de Mônica en la colcha.

Los niños se parecen al lugar. Se parecen entre sí. Cumplen una rutina colgada de la pared en un organigrama. Se despiertan a las 5.40, trabajan 40 minutos. Puede ser arreglando el cuarto, limpiando los muebles, barriendo la sala. Aprenden bordado, pintura, música y astronomía.

La tradición no impide la modernidad. Hay computadoras, clases de zapateo, consultorio odontológico y gimnasio para deportes. Los niños dicen que les gusta, abrazan a la directora y cantan la canción del pececito:

“Había una vez un pececito, un día la madre del pececito le dijo bien bajito: ‘pececito, no vayas a aquel rincón, en aquel rincón hay una cobra boba, gorda, fea’. Chulep, chulep, chulep se comió al pececito cabeza dura.”

Todas conocen la canción de memoria. “Es una oda a la culpa, por cierto inadecuada para niñas abandonadas”, analiza el diputado Marcos Rollim (PT-RS), coordinador de la Caravana de los Asilos y un entusiasta de los programas de adopción. En Santa Terezinha,

el número de adopciones es grosero. Sólo dos niñas fueron adoptadas en 2001. Menos del 3% está liberado de la patria potestad. Cerca del 80% viven allí hace más de una década.

La carismática y sonriente directora Hermana Lina desafía los preceptos del juez que le aconseja obedecer la ley, disminuir la dimensión del asilo y estimular las adopciones o el retorno a las familias biológicas.

“¿Cómo voy a rechazar a una niña, cómo voy a dejarla en la calle? El juez manda en su casa, yo mando en la mía”, dice la religiosa italiana, al lado de la auxiliar que minutos antes mostraba orgullosa la organización de las niñas. Pilas de remeras, una sobre otra, ningún doblez fuera de lugar. Everton Silva Souza explica la regla para los desobedientes: “Ay de quien no sea ordenado. Se queda sin televisión. Es el castigo.”

“Di a mi bebé porque quise hacerlo. Aquí, donde estoy, no puede quedarse. Entonces lo tomé y lo entregué a una persona para que lo críe. ¿Cómo iba yo a criarlo? Lo di a una mujer, ella quiso, yo lo di. Tenía tres días. Me puse triste, pero ¿qué podía hacer? Todavía tengo las cositas de él guardadas. Lo tuve el día 27 de octubre. Le puse de nombre Mateus. Yo vivo en el orfanato desde hace 12 años. Antes, yo vivía con mi madre. Entonces mi madre me tomó y me dio a una mujer. Con nueve años fui a la casa de esa mujer. Sólo que ella fue buena un mes. Después, ella me mandaba hacer las cosas, trabajar. Ella tenía una hija. Cuando me levantaba, barría la casa, limpiaba el baño, lavaba los platos. Su hija no. Un día pregunté: “¿por qué su hija no hace nada, no barre la casa mientras yo lavo los platos?” Ella me contestó: “si yo quisiera que mi hija lo hiciera, no te tendría aquí”. Yo tenía 10 años. La hija tenía edad para ser mi madre. La hija me daba coscorrones. Una vez me dio muchos mientras gritaba: “miserable, junta tus ropas que voy a entregarte a tu madre de nuevo, para que te mueras de hambre con ella”. Hasta que un día me enojé. Tomé mis ropas, las puse en la mochila y me escapé. Había cumplido 11 años. Me agarraron y me llevaron a un asilo, que era mixto, chicos y chicas, grandes y pequeños, de todo tipo. Perdí la virginidad cuando tenía 15 años. Quedé embarazada dos veces. Una vez tenía 16 años. Di el bebé también. No me parece bien lo que mi madre hizo conmigo, Pero, cuando él [mi hijo] crezca, va a decir así: “vaya, creo que mi madre no podía criarme”.

Y lo di pequeñito, es mejor que darlo ya hecho como la mía me dio, grande. Yo nunca más vi a mi madre ni la quiero ver. No la quiero. Tengo tres hermanas más. Tengo otra aquí en el asilo. A las otras dos nunca más las vi. Mi padre nos hizo y desapareció. Yo no creo haber abandonado a mi hijo. Lo habría abandonado si lo hubiera dejado en la maternidad o lo hubiera tirado a la basura, pero sé que lo di para que una persona lo críe, yo no lo abandoné.”

Adriana, 17 años. Casa del Niño, Recife

El niño paulista, lleno de quemaduras distribuidas por el cuerpo y escondidas por ropas enormes, ya sabe lo que pasa cuando desobedece a los chicos mayores del Hogar del Niño Niño Jesús. Queda castigado. “Ellos me hicieron agacharme. Hay que quedarse imitando a una gallina durante un montón de tiempo”, cuenta Fernando y muestra cómo el fuego se comió parte de su oreja derecha, le comió la piel de su pierna y se tragó la carne de su panza y la gracia de su cachete. “Fue mi padre el que me quemó. Me prendió fuego”.

Castigo es una punición usual en toda familia. Hay padres que no aceptan una palmada porque consideran que una cachetada obedece al mismo principio de una paliza, el principio del más fuerte. Otros consideran que una palmadita es educativa. En el asilo, ésta no es la polémica. Allí el problema es el castigo en masa, reglamentario, institucional, reproducido por los propios niños mayores sobre los menores.

“Algunos asilos ofrecen sólo castigo y nada más. Estar en el asilo es el castigo”, analiza la psicoanalista Sonia Carneiro Proto, 47 años, jefa del núcleo de fiscalización de asilos del Juzgado de Infancia de Recife y una ardorosa enemiga de los viejos modelos de orfanato. “El asilo no es la familia. No resulta el hacer de cuenta que. O ayudamos a recuperar la familia biológica o apostamos a la ADOPCIÓN”.

“Mi madre de aquí me da cariño. Mi madre nunca me lo dio. Dar cariño es tomarlo a uno, acariciar, besar. Necesité salir de casa por culpa de mi padre, él era borracho y me pegaba con la sandalia. Yo quiero a otra madre, quiero ser adoptada. Ser adoptada es esto: es que alguien nos quiera, uno entonces va a su casa hasta hacerse grande. Quiero crecer viviendo

con otros, no con mi madre. Ella parece que nunca haya sido mi madre. Tampoco quiero crecer en un orfanato. Estar en una prisión así es muy malo. No me gusta una casa con mucha gente, quiero una casa con padre, madre y hermanos.”

Camila, 9 años

El orfanato brasileño no es para hijos sin padres ni para padres que quieren adoptar hijos. La adopción es un espejismo para la mayoría de los niños asilados. Negra, flaquita, de cabellos cortos y ojos tristes, Camila no es la imagen que ansiosos candidatos a padre buscan en los álbumes de fotografías de los Juzgados de Infancia y Juventud. Ellos quieren nenas blancas de hasta dos años de edad.

Camila está en la Casa Transitoria de Brasilia. Son 50 niños y adolescentes en tres casahogares improvisadas en una única construcción, en Taguatinga. La nena disputa el regazo de la madre-social con otros 17 niños y niñas. En su cuarto, unos 30 centímetros separan una cama de otra. La nena no tiene juguetes, se divierte haciendo dibujos en la pared de una heladera abandonada en el patio.

La espera por una familia de verdad es angustiante. Un estudio de la Asociación Tierra de los Hombres de Rio de Janeiro revela que sólo el 10% de las familias interesadas en la adopción está dispuesto a acoger a un niño de más de cinco años de edad. Sin embargo, la mayoría de los niños y niñas llega al asilo con más de ocho años. La cuenta no cierra. Mientras faltan recién nacidos para candidatos a padres, sobran niños sin el perfil deseado.

En Brasilia, por ejemplo, 200 personas están a la espera de un bebé, mientras 55 niños esperan por una familia. Significa que, de los casi dos mil asilados en el Distrito Federal, sólo 55 quedaron liberados de la patria potestad por el juez y están a disposición para la adopción. Los casi 200 matrimonios dispuestos a adoptar no quieren a estos niños. Seis de ellos tienen más de 16 años, otros 11 son portadores de enfermedades físicas o mentales. Son ENFERMOS.

Tengo una enfermedad que no sé cuál es. Estoy aquí porque estoy enfermo. Un poco de la cabeza y un poco del cuerpo. No tengo madre, soy hijo de Dios. Dios el padre, pero estoy buscando una madre. ¿Conoce alguna que quiera llevarme?

Carlos, 16 años

Nadie quiere sacar a Carlos del Tabernáculo de David, un asilo para 321 deficientes físicos y mentales de São Paulo. El lugar no es sólo un inmenso y triste orfanato. Es un hospital y un asilo. Los internos entran siendo bebés y sólo salen cuando mueren. La más vieja tiene 45 años. Más de cien niños y adolescentes ven pasar los días sin levantarse de la cama. Sufren de parálisis cerebral. Menos del 30% reciben visita de la familia. Nunca un niño de allí fue adoptado.

Los deficientes y enfermos son los habitantes más desgraciados de los asilos. Nadie quiere asumirlos como hijos. Se pasan la vida entera en las instituciones, muchas de ellas con cuidados médicos apropiados, pero vacías de afecto. “No es bueno acercarse a ellos, algunos muerden. Ellos no hablan ni escuchan”, dice una psicóloga de la Casa del Niño Betinho, en São Paulo.

Niños ciegos, como Tainara, tienen más suerte. Ella viven en la Congregación de la Sagrada Familia, en Rio de Janeiro. Llegó con odio a las mesas porque la madre la ataba al mueble cuando era chiquita. “Ella no me quería porque yo era ciega. Soy ciega porque soy una nena. Cuando crezca, voy a ver”, sueña.

Las religiosas de la Congregación crían a 40 ciegas. También mezclan niñas con adultas. “Ellas no tienen familia. No vamos a lanzarlas a la calle sólo porque cumplieron 18 años”, dice la directora, hermana Assunção. Está maravillada con la sensibilidad de las niñas. Son curiosas. Preguntan por el color y los ruidos. Ven el mundo con sus sentidos. No dicen si una persona es fea o linda, dicen si es buena o mala.

“Ellas son inteligentes, podrían ser adoptadas por una buena familia”, dice la hermana que, hace casi medio siglo en la institución jamás vio que una niña fuera adoptada. “Yo no veo,

pero siento el prejuicio. Nosotras somos normales. Aprendemos todo. Incluso sobre el Sida”, dice la gordita Angélica.

Quien tiene HIV pertenece al mismo triste grupo de condenados a crecer y morir en asilos. El Ministerio de Salud estima que los huérfanos del SIDA son 23.000. En Curitiba, el nombre de la institución patentiza el prejuicio en la puerta: Asociación Curitibana de los Huérfanos del SIDA. Jussara está allí.

“Me gusta jugar con la muñequita en el cuartito. La muñequita es mi hija, es la Barbie. Ella tiene SIDA. Yo no sé qué es el SIDA. Creo que es dolor de dientes. Mi madre tenía ese dolor. Fue al hospital y no volvió”, cuenta la nena de cuatro años.

El matrimonio de Porto Alegre, Helena Martinho e Alexandre Kieling, eligió como hijos a una muchacha con SIDA, a un niño negro y a otro sin brazo. Antes de recibir a los niños, padecieron una larga espera en el sector de adopciones del estado. Las asistentes sociales intentaban convencerlos de que el prejuicio sería insoportable. “Estamos preocupados por ser la familia que esos niños necesitan y no que ellas respondan a expectativas fantasiosas”, destaca Alexandre.

Él y su mujer terminaron fundando la organización no gubernamental Amigos de Lucas. Para estimular adopciones según un principio: dar una familia a un niño y no la inversa.

El gobierno de Rio está en el mismo camino. Anthony Garotinho, padre de nueve hijos, cinco adoptados, creó un programa para incentivar la adopción de los olvidados. Paga un adicional salarial al servidor público del estado que adopte niños enfermos o de más de cinco años.

Son tres valores de la beca-adopción, estipuladas de acuerdo con las franjas etarias. Quien recibe a niños entre 5 y 8 años merece tres salarios mínimos; de 8 a 12 años, cuatro salarios; y de 12 a 18, cinco. Para deficientes, el valor es integral y vitalicio.

Futuro de Incertidumbres

“Ellos quieren que uno sea un hombre que enfrente la vida, pero uno necesita orientación. Nosotros somos hombres, pero el mundo allí afuera es raro, es extraño. Ellos quieren compararnos con los adolescentes de afuera, pero los adolescentes de afuera tienen la compañía de una madre, un padre, un tío que les da consejos. Yo no tengo a nadie. Sólo mis hermanos más chicos. Vivía con mi padre. Nunca supe de mi madre. Mi padre bebía. Yo no preguntaba por mi madre porque él ya llegaba amargado, golpeando. Yo tenía 5 años, mi hermano tenía 4. Cuando cumplí 14 años, quise saber de mi madre, pero después ya no me interesó. Los adolescentes de allá afuera tienen una ayuda del padre, de la madre. Incluso si viven en un departamento sólo de adolescentes, tienen la compañía del padre. Nosotros no. Si salimos de aquí, cada uno se vale por sí mismo. Supongamos que estoy en una casa, viviendo solo, yo no puedo pedir a OAF un consejo, voy a estar solo. Tengo miedo del mundo de afuera, de rebelarme y hacer lo que no debo. Cuando era más chico, me pegaban mucho, les contaba a los adultos que me habían pegado y nadie me creía. Eso me indignaba. El tipo me pegaba y decía que yo había insultado a su madre y me pegaba de nuevo. Yo me rebelaba, recién más tarde entendí que eso era lo común en el ambiente del orfanato. Esto es una rutina de orfanato. Nadie tiene madre y están todos puteando a la madre del otro. Es que este tema, el de la madre, es el punto más sensible de todo orfanato. Un sueño que yo tengo desde pequeño es ser músico. Antes no tenía oportunidad de aprender porque el proceso aquí adentro es muy cerrado. La persona que crece dentro del orfanato tiene dificultades para aprender las cosas del mundo de allá afuera”.

Carlos Alberto, Organización de Auxilio Fraternal, Salvador

Esta historia no tiene fin. Los huérfanos de Brasil son niños y niñas que no saben lo que van a ser cuando crezcan. Algunos como la pernambucana Adriana ya cumplen el destino de sus padres y abandonan a los hijos. Otros como la gaúcha Aparecida juran que no dejarán herederos. No quieren correr el riesgo de ver que sus hijas son gozadas por el padre. Muchos recorrerán el calvario del paulista Roberto que cambió el asilo por la cárcel. Todos partirán hacia un futuro de incertidumbres con las cicatrices de la infancia, perdida en una casa de mentira.

“No tengo nada. Tengo sólo mi ropa. No sé qué hacer cuando salga de aquí”, se lamenta Adriana, una chica de 17 años que, echada por la madre, se convirtió en empleada doméstica de la mujer que prometía adoptarla, se escapó y padeció la adolescencia en asilos pernambucanos. Quedó embarazada entre las clases en la escuela y las tardes vacías. En octubre tuvo a su segundo hijo y por segunda vez entregó a una desconocida. “No tenía futuro conmigo”.

La pernambucana tiene la misma edad que el bahiano Carlos Alberto. Están separados en asilos muy diferentes, pero unidos por el miedo de lo que llaman el mundo de afuera. “Uno pasó todos estos años aquí y ahora tiene que irse. ¿Irse cómo? ¿A dónde? No tengo ningún pariente. Nada. Sólo tengo la OAF”, se preocupa el muchacho de la Organización de Auxilio Fraternal, la OAF, en Salvador, donde pasó 4.745 noches. En 13 años, nunca durmió afuera.

Los asilos reciben a niños y adolescentes hasta los 18 años. ¿Y después? Después depende de la puerta de entrada. En los asilos modernos que apuestan al afecto, la individualidad y la preparación del niño para salir de la institución, hay alguna esperanza. Es el caso de la OAF.

Carlos va a recibir una casa. Debe compartirla con otros ex internos. Todos tienen dinero ahorrado. “Pero nos sentimos inseguros aun así”, dice el muchacho. Creció en cuartos pequeños, con armarios abiertos, ropas para cada uno, niños mayores mezclados con pequeños. Chicos con chicas.

Los casos de embarazo son raros. Tres en 13 años – ya en el asilo de Adriana, donde los adolescentes están separados por sexo y por pabellones, cinco nenas quedaron embarazadas este año. El anticonceptivo bahiano son los vínculos de fraternidad. “No existe una familia para niños pequeños y otra para grandes. Una para niños y otra para niñas”, enseña el padre Piazza, el director de la OAF.

Él no va a trabajar al asilo. Vive allí. Vive con niños en los brazos. “Estos niños llegan con vértigo. Tienen miedo de la altura al ser alzados, jamás los alzarón. La primera preparación para el futuro es ponerlos contra el pecho, darles afecto”.

Cuando faltan el regazo y el afecto el destino probable de quien sale de los asilos es el crimen. Una disertación del pedagogo Roberto da Silva muestra que el 36,5% de los niños y niñas que entraron en los orfanatos de la vieja FUNABEM en São Paulo entre 1958 y 1964 terminaron en la cárcel.

Roberto hizo también la investigación inversa. Para el doctorado en la Universidad de São Paulo (USP) estudió a los presos que cumplían una condena en el Complejo de Carandiru entre 1998 y 1999. Concluyó que el 56,9% había pasado por asilos cuando niños. “Esto significa que el modelo FUNABEM, creado por el régimen militar, fracasó”, resume Roberto.

La FUNABEM de la dictadura levantó orfanatos por todo el país. Siempre con la misma misión: alejar a los niños de padres nocivos y transformarlos en ciudadanos brasileños. “Los agentes del cambio eran los policías militares, versión de la época, de las actuales educadoras”, dice Roberto.

El estudioso paulista sabe de lo que habla. Es autor y personaje de su estudio. Abandonado por su madre a los cinco años de edad, Roberto vivió once años en la FEBEM paulista. Salió, cayó en el delito y terminó en Carandiru, donde quedó preso durante seis años. Allí se reencontró con sus compañeros de orfanato y decidió cambiar de rumbo. Hizo la facultad, se recibió y se convirtió en un estudioso del DELITO.

“Desde los 11 yo estaba en el tráfico. Vendía marihuana y cocaína en la favela. Mi padre murió cuando yo era pequeño, murió de un tiro. En el tráfico yo era una luz. Vendía. Andaba armado. Pasé por más de 10 asilos. Siempre me escapaba, volvía al delito. Aquí en este asilo es diferente. Es una familia. En los otros el educador cambiaba según guardias, no tenía el objetivo de cuidar a la persona, no quería a la persona. Aquí siento que me quieren.

Ellos me cuidan con amor, no están solamente cumpliendo con su trabajo, dando comida, cuidando para que no nos escapemos y listo. De acá no me escapé.”

Tiago, 17 años

El ex traficante sólo se calmó en la Asociación Santa Clara, un sitio en Vargem Grande, barrio de la zona oeste de Rio, a 15 minutos de la playa del Recreio, en un terreno al pie de la Serra do Mar.

Tiago está allí hace tres años. Se volvió atleta, corredor. “Aquí descubrieron mi talento de tanto que hablaban conmigo. Descubrieron que vivía huyendo de la policía”, cuenta el chico, medalla de bronce en el último campeonato estadual.

Santa Clara ni parece un asilo. No hay portones ni seguridad. De la ventana del cuarto, un hombre gordito, apoltronado en una silla rodeada de perros, no se levanta para recibir a las visitas. Con la mano, manda entrar. Está con la mujer y un grupo de niños. Ella es Eliete, pedagoga y profesora de literatura. Él es Cícero, economista, ex cacique del INAMPS en los años 80.

Largaron todo. Hoy cuidan a 87 niños. No tienen comodidades ni limpieza. Los cuartos están desordenados. No hay psicólogos ni pediatras ni asistentes sociales, pero los niños ríen a carcajadas. “En una casa no hay pediatra ni asistente social, ni psicólogo. Cuando alguien necesita de uno de estos profesionales lo busca afuera. Aquí hacemos eso también”, explica Cícero.

El modelo resultó bien. “Casi 400 niños pasaron por aquí en casi 20 años. Sólo 12 cayeron en el delito”, cuenta Eliete. Sabe la historia de cada niño. Los llama hijos. Ellos la llaman madre. Tienen planes para el futuro. “Tener planes borra la tristeza”, dice Euclides, de 16 años, un mineiro que llegó a Rio, a los 10, escondido en la carrocería de un camión. “Vine siguiendo a mi madre. Ella dijo que venía para acá. Nunca la encontré. Tengo su foto dentro de mí”.

El secreto del Santa Clara es el mismo de la OAF de donde Carlos Alberto se apresta a salir: es el ambiente de familia. El Santa Clara tiene menos recursos. Depende de un convenio con el gobierno estadual, de la caridad del vecindario, de la asociación con organizaciones no gubernamentales. Es lo mismo con la mayoría de los asilos brasileños.

La OAF es una excepción. Es casi autosustentable. Produce el 80% de sus recursos porque mantiene talleres de uniformes, de sillas escolares y de gráfica.

Un niño asilado en Brasil cuesta en promedio entre R\$ 350 y 500 mensuales. En Italia, cuidar de un niño que perdió familia y sonrisa no cuesta menos de R\$ 1500. En los Estados Unidos el costo llega a R\$ 2000. Europeos y americanos conocen los daños de crecer en asilos. Viven estudiando el tema para entender los problemas de sus huérfanos. Allí son huérfanos de verdad. Hijos de la guerra sin padre ni madre. Aquí son hijos de la soledad y la espera. De un abandono que nunca acaba. Son nuestros HUÉRFANOS.

No soy huérfano. Me olvidaron en la estación de tren. Iba a tomar el tren con mi padre, entré y le pregunté, “padre, ¿puedo ir a tomar agua mientras el tren no sale?”. Y me fui corriendo. El tren se fue. Yo me quedé. Me quedé tres días esperando. La policía vino y me agarró. No sé dónde estaba el tren. Nunca más vi a mi padre. La última vez fue el día del tren. Su nombre es João. A mi madre nunca la vi. Me quedé parado tanto tiempo en la estación, pero él no volvió. ¿A usted le parece que debía esperar más? ¿Voy a tener padre de nuevo?

Tiago, 16 años